

Para todo asunto relacionado con el periódico, dirigirse á la Dirección de "El Obrero", imprenta de "La Nación", Malecón, Ciudad-vieja.

EL OBRERO.

No se publicará ningún escrito sin previa censura de la Dirección. Advirtiéndose, que no se devuelven los originales ni se responde por ellos.

AÑO I.

GUAYAQUIL, AGOSTO 8 DE 1891.

NUM. 28.

"EL OBRERO".

LA MILICIA EN EL ECUADOR.

Prescindiendo del análisis de lo que ha sido la milicia en el tiempo de los guerreros antiguos, vamos á tratar de este ramo de suyo importante, y que entre nosotros es bastante digno de consideración.

Desde la emancipación política de las cinco Repúblicas Sud-americanas la carrera militar ha sentado sus reales en cada una de ellas, sirviendo muchas veces de estímulo, otras de degradación para los pueblos que han sido testigos fieles de las extorciones y abusos que los ciudadanos armados han cometido; violando los sagrados derechos que las leyes de los países han concedido á sus súbditos.

No obstante ¿quién puede desconocer que Bolívar, el gigante militar, que tantos lauros ha conquistado su espada y que sus charreteras no han sobrellevado el estigma de la traición, de la barbarie, ha sido el *non plus* de la carrera militar?

¿Quién Sucre, quién Paez, Santander y otros mil guerreros?

Quisiéramos al tratar de este asunto remontarnos hasta lo infinito para manifestar que la carrera militar llevada con honor y dignidad, es el orgullo de una Nación, es el valuarte del progreso, es el sostén del orden y el castigo más terrible de los tiranos que osaran levantarse contra el orden constitucional, ó de los que quisieran hacer de la Nación su patrimonio.

En el Ecuador la carrera militar es algo como el sol del medio día, que brilla cual oropel á su reflejo y que se oculta como la oscura neblina en el espacio, cuando decae el sol que lo ilumina. ¿Cuántas veces hemos visto á militares que dignamente han llevado galones y grados dignos del puesto que ocuparan brillantemente, y mañana confundidos en nauseabundos resintos, despreciados, ultrajados, sin que sus servicios hubieran sido capaces de conquistarse la estimación de sus conciudadanos, sino que por el contrario, se los mira con desprecio y desdén?

Debido, es, lectores, á que en el Ecuador la carrera militar es una de las que más ingratitudes y desengaños proporciona.

Echad una mirada, y veréis que lo que os decimos es la verdad, hechos son pruebas.

Pocos militares han bajado á la tumba con el beneplácito y estimación que merecen sus servicios, sino que su memoria muchas veces ha sido la causa de recuerdos unas veces dignos y otras reprobables.

La familia de éstos, las más de las veces en la miseria han sucumbido, ¿por qué? me preguntarán, os contesto, porque las continuas revueltas

intestinas han confundido lo bueno con lo malo, épocas en que el honrado militar volteaba cara por las traiciones de sus superiores, ó porque deberes sagrados de partido de familia, los han precipitado á jugar el todo por el todo, como se dice, no por sus convicciones propias.

Mucho tenemos que decir del arte de la guerra, pero antes de concluir este mal pergeñado artículo, séanos permitido manifestar cual nuestro reconocimiento, siempre que militares honrados, pundonorosos prefieran su baja del ejército al que sirvieran con honor; antes que su nombre figurara en las filas de aquellos que no aspiran sino al lucro personal, no al bien general de la Nación, ni al de sus conciudadanos; hombres como éstos deben ser dignos de recomendación; la prensa liberal que siempre se ha manifestado contraria al militarismo, debe levantar su voz, toda vez que actos dignos como los que han venido á poner en conocimiento del público, deben ser el motivo de sus elogios, todo acto indigno, el de su reprobación.

Militares honrados, pundonorosos, se nos dice, han sido dados de baja, por no sé que.....que ya el lector sabe.

Egas Caldas, Arroyo, Basabe y otros jefes de convicciones políticas incorruptibles y militares de honor, jamás podrán sellar con su pluma ó firma, el baldón más grande de ignominia.

Han sabido corresponder al alto puesto que la Nación les confiara, merecen bien de la Patria, y de sus compañeros y amigos justo reconocimiento.

No importa, conciudadanos, todos unidos trabajemos por el bien de la Patria; nuestra sangre, unos como militares, otros como periodistas, otros como ciudadanos, si fuere suficiente para cifrar la dicha y felicidad de nuestra cara Patria; prontos estamos á sacrificarla antes que á servir de escalón para que aquellos del proyecto de los veinte años de servicios consecutivos en el ejército permanente, y sesenta años de edad cumplidos en él, nos hagan acreedores á una tercera ó cuarta parte de nuestros ahorros que dejamos en el Tesoro, como montepío militar, suban al alto puesto de Magistrados á esfuerzos nuestros.

«El Obrero» que como tiene dicho, no es de aquellos que se deja engañar, sino que por el contrario admira y sale á la defensa de los que aman al pueblo y respetan sus leyes, levanta primero su voz de alerta militares! y dá un ejemplo de independencia, patriotismo y reconocimiento hácia aquellos ínclitos defensores del derecho y la Constitución.

Los Redactores admiran vuestras virtudes soldados del deber y del progreso.

Pichincha, la primera en enseñanzas

patrióticas, jamás pudo brotar sino hijos predilectos, hombres honrados, humildes defensores de la Patria de Quiroja, Salinas, Morales y otros.

Bien venidos seáis entre nosotros ínclitos hijos del Pichincha!

Para que conozca el público lo inverosímil de los motivos de la baja de nuestro digno amigo militar Jorge T. Arroyo; insertamos á continuación las cartas que honran sobremanera y ponen en claro la buena conducta y procedimiento de este militar pundonoroso:

Sr. Comandante. D.

Daniel del Hierro.

2.º Jefe del Batallón 1º de "Linea".
Pte.

Mi Comandante:

Espero de su atención, que al pié de ésta, y para los usos que me convenga, se sirva hacer mención de mi conducta en todo el tiempo que me conoce, desde que Ud. y yo servíamos en el Batallón 4º de Linea que fué extinguido; si he sabido cumplir con mis deberes, y si por ello he alcanzado aprobación de los Superiores.

Quedo de Ud. atto. Subalterno.

Jorge T. Arroyo.

Guayaquil, Julio 29 de 1891.

Sr. Sargento Mayor graduado D.

Jorge T. Arroyo.

Pte.

Mi apreciado amigo:

Gustoso doy respuesta á su atenta de esta fecha, diciendo á Ud. que en todo el tiempo que le conozco, que data del año 83 cuando Ud. perteneciendo á nuestro Ejército Restaurador figuraba en la Comisaria de Guerra, así como después en los cuerpos que ha servido, particularmente en el antiguo N.º 4º en el que ambos fuimos subalternos; su conducta ha sido siempre buena, su honradez á toda prueba y en el cumplimiento de sus deberes ha sido exacto distinguiéndose en ello por sus buenas aptitudes, que le han hecho acreedor á la estimación y aprecio de sus superiores y á merecidos ascensos que ha obtenido.

Autorizo á Ud. para que haga de la presente el uso que le convenga y me repito su afmo. amigo y S. S.

Daniel del Hierro.

Guayaquil, Julio 29 de 1891.

Sr. Comandante D.

Alejandro Egas Caldas.

2º Jefe del Cuerpo.

Pte.

Mi Comandante:

Espero de Ud. se sirva decir á continuación de la presente y para los fines que me convenga, cuál ha sido mi conducta, durante el tiempo que sirvo en este Batallón 2º de Linea ya como Segundo Ayudante, Ayudante Mayor & y si en el cumplimiento de mis deberes he complacido á los Superiores hasta merecer sus aprobaciones.

Sin otra cosa quedo

De Ud. atto. Subalterno.

Jorge T. Arroyo.

Guayaquil, Julio 29 de 1891.

Señor Mayor

D. Jorge T. Arroyo.

Querido amigo:

En contestación á su carta que antecede, expondré á Ud. lo más categóricamente: sus aptitudes y dedicación á sus deberes profesionales, le han hecho aparecer siempre entre los oficiales sus compañeros del Batallón N.º 2º como uno de los más sobresalientes; en

440
 cuanto a su conducta, pasando por alto pequeñas faltillas a la mecánica o disciplina del cuartel, inherentes a su poca edad y a la vida colegiada de cuartel, las que oportunamente han sido corregidas; no ha cometido Ud. falta alguna que pudiera amenguar su honor y reputación de oficial cumplido; pues, aun en el juicio en que por concusión—según el decir del diario "El Censor"—se le siguió al Sr. Comandante Zambrano, y que Ud. por su destino de Ayudante Mayor pudieron creerlo afectado, quedó relevado de toda injusta sospecha; desde el hecho mismo de haberse dictado el auto de sobreseimiento en dicha causa, y no aparecer en él comprometido su nombre; y por que a poco tiempo de esto obtuvo su ascenso al grado de Sargento Mayor; lo que prueba que en nada había disminuido el afecto y buen concepto que de Ud. tenían formado sus superiores.

Por lo que respecto a la causa o falta por la que Ud. ha sido dado de baja, no puedo asegurar a Ud. cual haya sido el verdadero motivo que indujo al Sr. Coronel ter. Jefe solicitar su separación del servicio. Razones poderosas habrán habido para ello, las que por hoy no me es potestativo ni del caso calificarlas.

Es cuanto puedo contestar a Ud. en obsequio de la verdad, quedando autorizado a hacer de esta el uso que le convenga.

Su afmo. Jefe y amigo.

Alejandro Egas Caldas.

Guayaquil, Julio 30 de 1891.

Las cartas que anteceden prueban más que suficientemente la buena conducta del señor Mayor Arroyo: por lo que toca a la baja de los demás caballeros parece que no hay para qué decirlo, ni explicar al público, puesto que él conoce ya. Ninguna intención dañada llevamos publicando este artículo y las cartas de dos distinguidos jefes que tanto honor han hecho al ejército.

La carta del Comandante Egas, fué contestada a Arroyo antes de que se le diera de baja a dicho Jefe.

INTERIOR.

CORRESPONDENCIA

ESPECIAL PARA "EL OBRERO."

(Continuación.)

IV.

VENGA TU REINO.

Ser pobre, según el espíritu, para ser rico en el reino de los cielos significa, amada Laura, ser humilde y sencillo como un niño, si aspiramos a ser tenidos en algo allá donde se aquilatan y justiprecian los méritos morales en la balanza de Dios, que no tiene pesas falsas.

La comparación que hizo Jesús con un niño al que aspira al reino de Dios, es la más palmaria reprobación de la hipocresía y la mentira, cubiertas con la falsa virtud, que puede engañar a los hombres pero jamás a Dios. Un niño no tiene malicia para ocultar la verdad bajo los mil ropajes halagadores pero engañosos que la iniquidad ha amontonado sobre ella; por eso hemos de decir en todo verdad y hemos de obrar, también en todo, con arreglo a ella, para tener parte en el reinado de Dios.

Negarse a sí mismo para ir en pos de Jesucristo es destruir en nosotros el *egoísmo*, esa pasión inoble que hace un ídolo del yo y mira con desdén el bien de los demás.

La humildad en la oscuridad de su origen guiábase únicamente por los instintos del placer y de la propia utilidad, y a proporción que iba ascendiendo en la escala de su perfeccionamiento ha comprendido la necesidad del sacrificio propio en aras de los demás. Por eso, hija mía, el estado de civilización a que hemos llegado ahora nos da el consolador espectáculo de que los hombres se vayan preocupando cada vez con mayor interés porque todos los demás tengan su parte de comodidad y de felicidad relativa en la sociedad. En eso consiste lo que llamamos la *fraternidad humana*, cuyo iniciador fué Jesucristo, que con más efica-

cia hizo comprender a los hombres que todos somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos, y que por consiguiente todos somos hermanos e iguales por naturaleza y por origen. Para Dios, hija mía, no hay castas ni gerarquías, esas distinciones las introdujeron los hombres; para Él tanto vale el blanco como el negro, el esclavo como el rey; para Él tan hijo es el cristiano como el judío, el mahometano como el chino; lo único que exige de todos es que sean buenos, es decir que se amen mutuamente y que se sacrifiquen los unos por los otros. Las diferencias que existen y deberán existir siempre entre los hombres, la misma naturaleza se ha encargado de marcarlas en el grado de las facultades y aptitudes de cada uno, para constituir así la infinita variedad en medio de la unidad que es la obra de Dios.

El día en que todos los hombres sean felices aquí en la tierra, cada cual en el grado que haya alcanzado según el desarrollo de su espíritu, pero libres de los estragos que producen las pasiones desordenadas de los hombres, ese día estaremos próximos al reinado de Dios. Ese día se acerca más y más, querida Laura, y de los mismos hombres depende el que llegue cuanto antes; por eso Jesús nos prescribió la necesidad de pedir a Dios cada día *venga su reino*, es decir, que la humanidad vaya matando la ignorancia con la luz, y los crímenes y vicios con las virtudes salvadoras.

V.

HÁGASE TU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

Estas pocas palabras, mi amada Laura, envuelven el gran problema de la Providencia Divina, y que debemos tratar de comprender lo mejor que sea posible, para apreciar la grandeza de esta petición.

El autor del Universo estableció sus leyes sabias y todavía desconocidas para nosotros en su mayor parte, con las cuales gobierna toda la naturaleza. De esas leyes unas rigen la materia bajo sus múltiples manifestaciones y las llamamos físicas y otras rigen las inteligencias y las llamamos morales. Estas leyes como obra de una inteligencia infinita, tienen también una absoluta precisión, y cuyo mecanismo, aunque superior a nuestra débil concepción, se impone a todos los seres creados.

De este mecanismo depende el orden admirable de la naturaleza. El Sol no ha dejado hasta hoy de alumbrar nuestro planeta, ni éste de moverse a su alrededor, ni el océano su flujo y reflujo, ni los árboles de cubrirse de follaje y llevar fruto, ni los animales de reproducirse, ni el hombre de pensar; y todas esas leyes cumpliéndose con precisión matemática, forman esa sublime belleza que admiramos en los cuadros de la naturaleza.

Pues bien, todo existe, vive, se mueve y progresa obedeciendo a sus seres inteligentes a quienes Dios ha confiado la dirección de los mundos y sus habitantes. Esa es, pues, la voluntad de Dios: el cumplimiento exacto de sus leyes así en el cielo como en la tierra.

Pero surgirá tal vez en tu mente una dificultad. Si todo obedece a la voluntad de Dios—me dirás—el mal que existe en el mundo y el que es obra de los hombres obedece también a la voluntad divina? No, amada Laura. Primeramente lo que nos parece mal en la naturaleza física no es mal: El rayo que hiende la atmósfera, atronando las especies y destruyendo lo que encuentra a su paso, no es mal por el contrario es un gran bien porque ese meteoro purifica el aire que respiramos, nos da la lluvia y modifica los elementos dañinos para la vida de los seres. Los terremotos que sacuden con violencia el suelo sobre que vivimos, destruyendo pueblos y ciudades, no son sino fenómenos cósmicos que refuyen en provecho del planeta y por consiguiente de las generaciones que lo pueblan ó deban poblarlo. La muerte misma no es un mal, querida Laura, puesto que nuestras almas, dejando la grosera vestidura de la carne corruptible, se cubren con un vestido incorruptible, como decía San Pablo, y van a vivir en regiones más felices. No hay, pues, por consiguiente el mal propiamente dicho en la naturaleza.

Ahora en cuanto el mal que es obra de los hombres, como los crímenes y vicios, no son sino transgresiones de la ley de Dios y fruto exclusivo del abuso de esa nobilísima facultad con que quiso diferenciar al hombre de los brutos, es decir *la libertad*; pero este mal el

mismo hombre se encarga de tomarlo en bien por medio de la expiación que purifica.

Va ves, pues, Laura querida, que pedir a Dios que se cumpla su voluntad, como en el cielo, así también en la tierra, equivale a rendirle nuestro humilde acatamiento a su voluntad soberana, que es el bien y solo el bien.

(Continuad.)

HECHOS DIVERSOS.

FALTAN pocos días para el 10 de Agosto, fecha por muchos conceptos memorable para la Patria; y mucho más porque en ella se lanzó el grito grandioso de independencia.

Siguióse a este grito una guerra de 15 años, en la que se derramó mucha sangre, y en la que fueron sacrificados por los españoles los hombres más notables del país.

Próximamente nos ocuparemos editorialmente del asunto.

Es un espectáculo repugnante hasta la saciedad el que presentan los esterros.

La prensa demasiado se ha ocupado del particular, pero está visto, que sus palabras se las lleva el viento y las personas que deben tomar cartas en el asunto, no dan el más pequeño indicio de preocuparse.

La parte del estero que corresponde a la calle de "Samborombón", frente a las habitaciones números 24 y 25, se ve casi todos los días atestada de inmundicias y basuras en plena descomposición.

Se debía obligar a esos prójimos a que a rojen eso, a la hora que esté la marea llena, que así serían menos perjudiciales las emanaciones pútridas.

LOS ÚLTIMOS acontecimientos de la guerra civil de Chile, que hemos visto publicados en los periódicos del lugar, nos demuestran hasta donde llega el odio y la venganza entre los hijos de una misma patria, cuando Dios azota a un país con el flajelo de la guerra intestiva.

Siempre es mejor escarmentar en cabeza ajena, antes que en la propia; así es que, la experiencia nos debe dar prudencia y buen sentido.

MUY CORDIAL recepción ha tenido el Señor Ministro de Venezuela el día 24 del pasado, en que ha habido la coincidencia, de presentarse como enviado de la patria que produjo al Libertador, ante una de las hijas del mismo.

Que jamás se nuble el cielo que cubre a las hijas del héroe venezolano, es nuestro voto ferviente.

LA VENGANZA DE UN PERRO—Hace como 5 años, fué asesinado en Punta Arenas (Chile) un hombre que tenía una pequeña choza en aquellas inhóspitas regiones, y en compañía de su perro se dedicaba a la caza de guanacos.

Durante mucho tiempo permaneció el crimen envuelto en el misterio. Ni un rastro que pudiera orientar a la justicia para la captura del criminal.

De lo que no había duda, es que se trataba de asesinato por robo, pues había desaparecido el cinto que usaba el finado y en el que tenía varias monedas de oro que días antes recibió el pago de sus mercaderías.

El perro, que fué encontrado junto al cadáver, ahullando dolorosamente, no ha debido presenciar la escena, pues siendo un animal temible habría despedazado al asesino.

Tal vez estaría dormido despertándose cuando el hecho sangriento se hubo consumado y el criminal estaba muy lejos. Esta era la opinión de todos.

Pasaron como hemos dicho, cinco años. Ya las cosas estaban completamente olvidadas; el perro, viejo pero todavía fuerte, había pasado a ser celoso guardián de otra choza, perteneciente a un minero que había sido íntimo amigo del finado.

Hace días, fué encontrado muerto cerca a la choza donde se cometió el crimen, un hombre desconocido de aquellos parajes. A su lado estaba el perro, ahullando todavía con furor, después de haberlo hecho pedazos a dentelladas.

En el primer momento, los pocos trabajadores de aquel punto no se dieron cuenta del extraño furor del perro; pero no tardó en ver-

se que el cadáver tenía puesto al cinto, el tirador del asesinato hacia ya cinco años!

Hé aquí un animal digno de que se perpetúe en mármol y bronce y de que los poetas sentimentales le dediquen poemas que pasen a la posteridad.

LITERATURA.

LA REVOLUCION.

(Continuación.)

VI.

LOS PARTES.

Los caudillos entre tanto
Del uno del otro bando,
Terror infunden y espanto
Con las huestes de su mando.
Y á los Jefes principales
Pasan partes de batallas
Y encuentros muy desiguales,
Entre peñas y murallas.

—Muy excelente señor,
Dice uno de aquellos partes,
Al ejército traidor
Acometimos el mártes.

Y el resultado brillante
De la *estupenda* jornada.
En la cual quedó triunfante
La columna de avanzada;

Verá Vucencia con gusto
Y placer muy singular,
En los hechos que *sin susto*,
Le comienza á relatar:

Sabiendo que el enemigo
Presuroso se movía,
Al Comandante Rodrigo
Mandé por caballería.

Y al instante prevenida
La columna que comando,
Dió cruelísima embestida,
Cien prisioneros tomando

Y á más *doscientos* fusiles
Pertrechos de guerra y boca
Como *cinuenta* esmeriles
Y diez costales de coca.

DE AGUJA seis cañinas,
Dos cañones de montaña,
Sesenta y nueve cañinas
Y ocho toldos de campaña.

Respecto al número fijo
De los muertos que han tenido,
En los PASADOS se dijo
Que *QUIENTOS* habían sido,

Nosotros solo contamos
Diez heridos gravemente,
Dos muertos, que ya enterramos,
Y sin nariz un teniente.....

De recomendar me abstengo
El valor del fiel soldado,
Pues á grande orgullo tengo
Que cual *héros* han pelado,

Vucencia apreciar sabrá
Este hecho de armas muy bien,
Y así recompensará
A mi columna también.

Y el parte firmando el jefe
Con aire dice triunfal:

—*Cuando este pliego se deje
Me harán presto G. NERVA!*.....—

—Señor Ministro de Guerra,
Díge también otro parte,
Escrito en la misma tierra
Y con igual maña y arte:

De poner en su noticia,
Hoy me cabe el alto honor,
De que con suma pericia
Derrotamos al *traidor*.

Desgracia que lamentar
No se encuentra en nuestra gente,
La que está pronta á pasar
De los Alpes la pendiente.

No tenemos ni un herido
Y muerto tan solo hay uno,
Que por puro distraído
Mató el sargento Neptuno.

En completa dispersión
El ejército enemigo,
No tiene ni un batallón,
Sin ponderar lo que digo.

Tues penas nos miraron
Montados en buenos potros,
Teditos se desbandaron
Corriendo... más que nosotros.....

Por cuyo encuentro estupendo,
Digno de una charretera
Se han hecho, según entiendo,
Los de esta digna *carrieta*.....

Y con esto se despide
De vuestra alta Señoría—
Juan Isol de Saldumvide
Jefe de CABALLERIA.

(Continuará.)

INSERCIONES.

LA IGNO-RANCIA

I.

El desconocimiento de las cosas, el antitesis del saber, el reverso del discernimiento, una de las mayores calamidades que de distintos modos y de infinitas maneras escarnecen y azotan á la humanidad, es el que se conoce con el distintivo y nada grato nombre de *ignorancia*, que es una de las cosas que más perjudican y denigran á la colectividad humana; es el mal más grande y trascendental que á la humanidad aqueja; la que generalmente á quien lo posee le conduce por tortuosos y difíciles derroteros, hasta precipitarle en el abismo.

II.

La *ignorancia*, es la que afloja y destruye los lazos de la familia; es uno de los principales elementos de una constante perturbación en el seno del hogar doméstico, el aciliar que frecuentemente contrarresta la alegría y las dulzuras de la vida conyugal. Es la que más exacerba las aflicciones de la vida, porque es la que embrutece: de lo que naturalmente se desprende que el embrutecimiento hace al hombre inferior al espíritu y á la inteligencia, sin cuyos auxiliares no es posible adquirir el conocimiento y la extensión de nuestros deberes, ni de los derechos que por las leyes naturales y civiles nos corresponden.

El bruto, solo tiene el instinto de conservación (1). El hombre bien educado é instruido y moralizado, ama la vida más que los brutos y los ignorantes, porque á este amor concurre el amor conyugal, luego paternal y filial, cuyo conjunto forma en su alma un constante venero de armónicos y dulcísimos sentimientos, tanto más vigorosos, cuanto mayor es la sensación que la buena educación y la instrucción le dió, en el pulimento de sus facultades intelectuales, y hasta en las materiales, en lo poco que la inteligencia interviene.

Si hemos dicho que la ignorancia es la que afloja los lazos de la familia, ¿con cuánta más razón podemos decir que continuamente disminuye ó extingue las delicias de la tranquilidad doméstica? La ignorancia produce exabruptos, caracteres violentos, iracundias brutales y hasta el abandono de los más sagrados é imprescindibles deberes; la falta de respeto conyugal, el escándalo, el repugnante criminal encenegamiento en los vicios y la perturbación en todas partes. Hé aquí los frutos que indispensablemente produce la ignorancia, los que irrimisiblemente conducen á una pasión criminal, á la más espantosa miseria.

III.

La *ignorancia*, además de patentizar la falta de buena educación y la carencia de instrucción, es el constante elemento perturbador en el seno de la familia, porque si proceden los jefes naturales de ella, les imposibilita suministrar los conocimientos que son necesarios para poder educar é instruir á sus hijos y subordinados, de lo que precisamente resultan que no pueden aquilatar el amor, la gratitud y el respeto que se les debe. En los irracionales el amor paternal no pasa de un instinto, de un sentimiento más ó menos vivo, siempre grande y poderoso, con el que se relaciona bastante el de las personas ignorantes. El amor en el hombre, puede ser más ó menos grande, más ó menos acendrado, según se lo permita el estado en que su perfectibilidad se encuentre.

La *ignorancia* no permite que el padre ignorante vea en sus hijos la reproducción de su ser, ni la vida de su vida: por lo mismo, es preciso que desaparezca la causa que tanto y tan grandes males ocasiona. Es indispen-

(1) Brutos hay entre los irracionales, que además del instinto de conservación, poseen bastante conocimiento. Especies hay, y no pocas, que lo patentizan. En la especie de insectos, citaremos la *causable* ó *inteligente* y laboriosa abeja, en primer término; y en segundo, la hormiga. En la especie de cuadrúpedos, el perro, el caballo, el mulo, etc. En el género de mamíferos anfibios, el castor que con admirable materia construye sus moradas en los ríos.

sable que los jefes naturales de la familia se levanten por medio de la educación y de la instrucción, á las regiones de la inteligencia, á una altura tan grande como el cariño, para que conozcan perfectamente la plenitud de la elevadísima misión que sobre la tierra ejercen y dar ejemplo á sus hijos en quienes debe reflejarse la bondad y el cariño del que el ser les dió y á quienes tanto deben.

Todos los males, que son muchos por desgracia, que la ignorancia puede producir, muy fácilmente se evitan en la infancia por medio de la educación, de buena moral, de la instrucción y de buenos ejemplos prácticos en los jefes naturales de la familia. De esta manera, los hijos en quienes se manifiesta la irresistible atracción hácia los padres, también es preciso que levanten su inteligencia y que purifiquen su espíritu con la educación é instrucción más amplia posible, á fin de corresponder como deben, al amor más grande.

IV.

La *ignorancia* generalmente conduce á quien la posee, por las más erróneas y cenagosas sendas hasta precipitarle en el abismo. El ignorante marcha siempre á ciegas, porque una densa niebla cubre sus ojos, los ojos de la inteligencia: solo poseen el instinto que da la Naturaleza, el instinto de su propia conservación. Si algún afecto conserva hácia sus semejantes, es guiado por el egoísmo, casi siempre, porque la ignorancia tiene muchos puntos de contactos con la estupidez.

Como la ignorancia es sumamente atrevida y cínica, sus hijos corresponden fielmente á la madre de quien proceden, de una manera inequívoca; por esta razón no nos cansaremos de rogar, muy encarecidamente á los jefes de familia, que en cumplimiento de sus más sagrados é imprescindibles deberes, *eduquen e instruyan como deben* á sus hijos y á los Gobiernos que cumplan mejor que hasta aquí con sus deberes en todas las esferas de su administración gubernamental, sin olvidarse de la educación, de la instrucción y de la agricultura, cuyas tres cosas constituyen la sólida base del edificio en que moran, y como consecuencia inmediata la urbanidad, hija de la buena educación, la ilustración y la riqueza: al gobierno corresponde, como tal que vigile mucho, y que sin distinción de clases ni categorías, castigue á quien falte á lo que su obligación le impone.

Pues que la ignorancia es el mal más pernicioso y fatal que á la humanidad aflige, deshonra y aniquila, combatámoslo con todas nuestras fuerzas y por todos los medios imaginables. Los gobiernos, propagando la enseñanza lúica con personas competentes y bien retribuidas, no como los son las que viven ejerciendo esta delicada y penosa al par que difícil y honrosísima misión. Los sabios, investigando los secretos de la Ciencia y de las Artes. La prensa, esta gran palanca de la civilización moderna, llevando á todas partes las inmensas oleadas de luz y de ilustración para todos. Los particulares, también deben dedicar algo de su talento, de sus intereses materiales y de su vida, á educar é instruir al pueblo, cumpliendo así con un ineludible y sagrado deber, deber que á todos nos comprende y que para todos es altamente beneficioso.

V.

No hay, ni puede haber duda de que el hombre es un ser sociable, y que por esta razón no es fácil que pudiera vivir aislado de sus semejantes, porque le sería de todo punto imposible librarse de las asechanzas de sus naturales enemigos; no podría proporcionarse más comodidades ni placeres, que los que ofrece el estado salvaje; carecería del auxilio necesario para su propia conservación; ignoraría lo que es amor, cariño ni fraternidad. La vida del hombre debe ser una cadena de sucesos íntimamente ligados, y siempre en contacto con otros sucesos ligados también entre sí del mismo modo, de alguno ó algunos de sus semejantes, porque es una ley de la naturaleza que á ninguno exceptúa; ley de la que nadie, absolutamente nadie puede separarse, de la misma manera que la hoja del árbol no se mueve sin una fuerza impulsiva que á ello la obligue.

Para el hombre moral, es la familia lo que el aire para el hombre físico, lo mismo que la materia se muere se asfixia cuando el aire oxígeno no encuentra los órganos respiratorios que dan la vida, sucede al hombre porque su espíritu arrastra una vida lánguida y sumamente débil al carecer del fuego sagrado del amor con que la familia lo calienta. Care-

442

ciendo de este purísimo sentimiento, el hombre no es ni puede ser más que un número dígito que se añade á la escala zoológica; uno de tantos desventurados seres que por desgracia pueblan la tierra sin más misión que la vivir y desaparecer luego del catálogo de los vivientes, obedeciendo tan solo á la ley fatalísima que rigió á todo lo creado.

Sin embargo, el hombre y la muger no mueren nunca, porque al faltar la materia, en sus hijos se refleja su espíritu, que para ellos y sus sucesores vive cuyo recuerdo guardan en su corazón. De aquí resulta que este recuerdo es un acto de vitalidad de los autores de sus días, que será tan profundo cuanto más se profundice su inteligencia por medio de la educación y la instrucción, suministradas con esmero, infiltrando en su corazón los mejores sentimientos y el debido respeto para con sus semejantes.

La ignorancia, en fin, es ni más ni menos que el troquel en que se acuñan la estupidez, el cinismo, el atrevimiento, la desmoralización, la síntesis de las malas costumbres, el robo, las violaciones y el asesinato.

VI.

Con la enumeración de las reflexiones que dejamos expuestas, creemos haber probado suficientemente la influencia que la ignorancia ejerce en la perversidad de quien la posee salvo pocas excepciones. Si no conseguimos nuestro objeto, responderá por nosotros la estadística de lo criminal. Por el estado de cultura de un pueblo, se deduce acertadamente el número de atentados contra lo que llaman la propiedad, la moral ó la vida que sus tribunales castigan cuando estos administran la justicia con la debida rectitud, cuando no es justicia histórica. Con más elocuencia que nosotros, hablan los establecimientos penales de ambos sexos. De las diez partes de los penados, las nueve no saben leer ni escribir; si acaso hay algunos que deletreen lo hacen pésimamente, con muy pocas excepciones y los presos por causas políticas.

Pues que la ignorancia es una de las mayores calamidades que de distintos modos y diferentes maneras escarnecen y azotan á la humanidad, combatámosla en el terreno de la moral, de la educación, de la instrucción y de las buenas costumbres, con el ejemplo en el terreno científico y el terreno práctico, que son la más completa antítesis, cuyos resultados lamentamos.

Antonio María Flores.

ARTES.

EL PASTOR.

[Conclusión.]

Cuentecillo. " En tiempo en que Juanito era feliz poseedor de aquella cabra, ocurrió que una pobre mujer, madre de dos mellizos muy tiernos, se enfermó y no podía dar el pecho á sus hijitos. ¿Qué hizo la madre de Juanito? Confió una de estas criaturas á una nodriza, que la crió por caridad, y no sabiendo quien pudiese encargarse de la otra trató de pegarla á la ubre de la cabra. La pobre bestia se dejó mamar por el niño, y así le fué conservando la vida, habiéndose aficionado tanto á su nueva cría, que corría hacia ella á sus primeros vajidos, entraba en la habitación; la buscaba por todas partes, y extendiendo sus piernas sobre la cuna, le alargaba la ubre con tal maña, que el niño la recibía sin el menor daño ni molestia.—Otras muchas ventajas proporcionan las cabras al hombre. La carne de los cabritos asada es un manjar excelente; con la leche de las cabras, aunque sea de menor crasitud que las de las ovejas, se hacen unos quesos muy sabrosos. De las cabras se saca una grasa ó sebo, que es muy apreciado, porque de él se hacen velas tan blancas como la cera. Con las pieles de las cabras se hacen pergaminos, zapatos, botas, guantes, tafletes y odres que sirven para transportar el aceite, el vino y el aguardiente; con su pelo se hacen gorros, sombreros, pinceles y otras varias cosas; y con el de aquellas cabras que viven en ciertos países que están muy distantes de nosotros, y que se llaman Angora y Tibet, se hacen estofas muy finas y hermosas: de esta clase son los chales de cachemir."

El buey y la vaca. Juanito había tomado tanta afición á las cabras y ovejas, que se complacía mucho en hablar de ellas, y en repetir

las grandes ventajas que el hombre saca de la cría de estos animales, ó sea del pastoreo; pero habiendo oído estos discursos un labrador que frecuentaba la casa de Juanito, hizo observar á dicho niño que había otros animales que proporcionaban al hombre mayores utilidades, y se lo explicó en los términos siguientes:

"Las ovejas y las cabras, hijo mio, enflaquecen los prados más lozanos; pero el buey engrasa con su estiércol la tierra que la nutre y la enriquece con su trabajo. El buey es el apoya principal del agricultor; este animal es el que le ayuda á arar en la tierra, á trasladar fácilmente en carros los abonos, las mieses, las piedras, los troncos y las materias útiles. La corpulencia del buey, la regularidad y lentitud de sus movimientos, la firmeza de sus pasos, la docilidad y paciencia con que trabaja, hacen ver que fué criado para cultivar la tierra bajo la dirección del hombre.

"No es menos útil la vaca, la cual cría los terneros, algunos de los cuales nos sirven de alimento, y otros se dejan crecer para su reproducción y para los trabajos de la agricultura. La leche de la vaca, es uno de nuestros alimentos más sanos y más agradables. De la superficie de la leche que se haya colocado por algunas horas en algún lugar fresco, se saca la crema ó la nata, la cual, batida con cierta maestría en una vasija de madera, dá la mantequilla. Con la leche cuajada se hacen los quesos; el cuajo es una leche densa que se encuentra en la boca del estómago de los terneros y cabritos.

"Y ¿qué diremos de las ventajas que estos animales proporcionan al hombre después de muertos? La carne del buey es un manjar excelente; su piel, bien preparada por los curtidores, suministra el cuero ó la buqueta de que se hacen las zuevas de los zapatos ó botas. De la piel de los terneros, preparada en las tenerías, se hacen fuelles para los carruajes, cinchas, arreos de caballos, etc. De los cuernos del ganado vacuno, el peñero hace peines, el cuchillero hace mangos de armas, el tornero hace cajas y otras cosas. Con los nervios, con los cartílagos, con las rascaduras de las pieles, y con los huesos de estos animales se hace la cola para los carpinteros; con su pelo se rellenan los almohadones, las sillas y los bastos. Hasta la hiel ó bilis del buey es útil al hombre, porque los boticarios la emplean para las medicinas, y los tintoreros y pintores la usan en sus colores.

"El buey de buena casta tiene los cuernos relucientes y fuertes, la frente espaciosa, grandes las orejas, los ojos prominentes, el cuello grueso, el cerviguillo plano, anchas las espaldas, carnoso el pecho, y una especie de papera ó taleguilla que le cuelga hasta las rodillas y que vulgarmente se llaman la campanilla toscas son sus piernas, grande su pesuña, y su pelo espeso, corto, reluciente, blanco, negro, ó más generalmente rojizo. El buey se asemeja á la oveja en la cualidad de tener la pesuña hendida, en los pocos dientes incisivos en la quijada inferior, y en la de comer rumiando.

"En la calificación de ganado vacuno se comprenden el toro, el buey, la vaca, el ternero y el becerro."

El caballo.—Al día siguiente condujo el labrador á Juanito á ver el ganado vacuno de que le había hablado; salía este del establo cuando encontraron en el patio el hijo de dicho labrador, que venía con un hermosísimo caballo por el diestro. "También éste, le dijo el buen viejo, es un animal precioso para el hombre. Observa sus miembros sueltos y agraciados. La actitud de la cabeza y del cuello arqueado le dan porte el más noble. ¿Cómo lo adorna la crin espesa y ondeante! Mira, observa bien su hermosura. Tiene la cabeza algo chica; los ojos negros y vivos; las orejas cortas y rectas; las narices anchas; su lomo igual y plano, blanco, redondo y espacioso; anchísimo el pecho; carnosos los mulsos; vientre estrecho; piernas derechas y enjutas; pesuña junta, redonda, dura y sonora; la cola con mucha cerda larga y encrepada completa la belleza de su cuerpo.

"Los caballos son de varios colores: éste que tú ves es de pelo fino y de color castaño ó bayo. Oye como relincha desde el momento en que lo ha montado mi hijo; esa buena bestia conoce que lleva al amo sobre su lomo y parece que recibe en ello mucha honra, según se presenta erguido, ufano y soberbio. ¿Qué prontitud en sus movimientos, que impaciencia! No encuentra sociogo, se encabrita, emblanquece el freno con su espuma, y está ardiendo de deseos de correr. Juani-

to, observa bien sus arranques. Ahora que va al paso, es porque mi hijo le aprieta el freno: ¿ves que ya tomó el trote, como levanta las piernas y con qué ligereza! es porque le ha dado alguna libertad á la rienda. Mira, ahora que ha tomado el galope y que jinete y caballo han desaparecido como el relámpago, es porque lo ha agujijoneado con la espuela.

"El hombre no aparecía tan sólo al caballo por su hermosura y porque lo lleva sobre su lomo, sino también por la bondad de su índole. Parece que este animal no trata más que de hacer servicios al amo. El hombre lo unce al coche y hace que lo lleve á sus largos viajes; lo pone algunas veces al arado para cultivar la tierra; lo unce á los carros para transportar pesos; le echa encima la carga, y el caballo se presta á todo. El hombre lo conduce consigo á la guerra, en donde los sonidos de las cornetas y clarines, y los golpes de cajas y tambores, en vez de ponerlo en fuga, lo excitan á la batalla; no lo asombran ni el resplandor de las armas, ni el estruendo del cañón. Es, finalmente, un animal que podría enseñar al hombre grosero y vil la docilidad, la benevolencia y el valor.

"Empero no todos los caballos son á propósito para toda clase de trabajo; es preciso conocerlos y saber sacar partido de ellos. El labrador elige para sus faenas más pesadas los de cuello grueso, de ancho pecho, de larga anca, de piernas enjutas y robustas, la pesuña alta, y que se hallen en la edad del mayor vigor, es decir, entre los seis ó doce años.

"El jinete elige caballos más finos, de índole dulce, de pelo reluciente, y que son ágiles y veloces en el paso. Los mejores caballos son los de Arabia y los ingleses; también los andaluces tienen la mayor nombradía. La edad de los caballos se conoce en los dientes; pero cuando han cumplido los siete años, ya no es posible determinarla.

"La hembra del caballo se llama yegua, y sus hijos se llaman potros.

"Los potros no maman más que seis meses; luego se les da salvado y heno bueno, ó hierba tierna, para irlos acostumbrando á este alimento. Cuando el potro ha cumplido los cuatro años, se le hierran las manos y seis meses después se le hierran los pies. Entonces se principia á domar, es decir, se le reduce poco á poco á que sea obediente al bocado y á la espuela. Su alimento debe ser arreglado al país y á sus más fáciles producciones y que la experiencia haya demostrado que le son más provechosas. Casi tan necesario como la comida le es el aseo; por eso se le debe almorzar todas las mañanas, y quitar con frecuencia la basura de la caballeriza, la cual es un excelente abono para los campos.

"El caballo proporciona muchas ventajas al hombre, aún después de muerto. El hombre lo desuella, y de su piel curiada saca un excelente cuero; con su crin rellena las almohadas y colchones, ó bien se hace estofas fuertes y brillantes para formar sillas y canapés, ó fabricar cuerdas, pinceles, brochas, ceclazos, etc., también se come su carne."

"EL OBRERO."

PUBLICACION SEMANAL.

Organo de los intereses del Pueblo.

Se publica todos los Sábados.

TARIFA

Suscripción mensual..... S. 0.30
Número suelto..... 0.10
" atrasado..... 0.15

Avisos y remitidos, precios convencionales.

"El Obrero" se encuentra de venta en las Agencias siguientes:

En Guayaquil, Sr. José A. Jimenez, calle de Aguirre, núm. 39.

Id. Sr. Gregorio Salazar, el Conchero, núm. 243.

En Jipijapa, Sr. José Francisco Ceballos.
En Quito, Sres. Emilio Valdivieso Palacios y Julio A. Jarrin.